

estaban encima. Y la gran rueda le derribó, triturando, moliendo, chupando la corriente de vida con furor implacable y arrojando mutilados fragmentos al espacio.

Cuando el viajero que había sido conocido, volvió en sí del desmayo, vió un bulto que cuatro hombres silenciosos se llevaban en unas angarillas, mientras otros cubrían el reguero de sangre echándole cenizas.

## CAPÍTULO LVI

## MUCHA GENTE CONTENTA Y EL POLLO-BRAVO DISGUSTADO

El guardia marina estaba loco de contento. Por fin habían llegado mister Toots y Susana. La joven se precipitó inmediatamente en busca de su señorita, mientras que Toots y el Pollo se quedaban abajo, en la trastienda.

— ¡Oh, mi queridísima, mi buena miss Floy! — exclamó Susana entrando en el cuarto de Florencia. — ¡Quién hubiera pensado que había de encontrarla á usted aquí sola, sin hogar, sin nadie que la sirva! Pero ya nunca, nunca me separaré de usted, miss Floy: no tengo el corazón de piedra; si fuera de piedra no latiría como late, ¡oh, mi querida señorita!

Diciendo todas estas palabras, de un tirón, sin tomar aliento, miss Nipper estaba de rodillas delante de Florencia, abrazada estrechamente á sus piernas.

— Ya sé, ya sé — prosiguió Susana — todo lo que ha pasado; ya lo sé, queridita mía; me ahoga la alegría.

— ¡Susana, mi buena Susana! — dijo Florencia.

— ¡Dios la bendiga! Mi niña, la que ha sido mi niña, va á casarse! — exclamó Susana con explosión de pena y de placer, de satisfacción y pesadumbre

y Dios sabe de cuantos pensamientos más, todos contradictorios.

— ¿Quién te ha dicho eso? — preguntó Florencia.

— ¿Quién ha de ser, sino ese inocentón de Toots? — repuso riéndose Susana. — Y he comprendido que era cierto, por la manera como me lo ha contado. Es un muchacho inocentísimo. De modo — añadió Susana entre nuevos abrazos — que mi querida amita va á casarse!

La mezcla de lástima, complacencia, ternura, protección y sentimiento con que la Nipper volvía sobre el tema, era curiosa por extremo, no menos que conmovedora.

— Vamos, vamos, Susana — dijo dulcemente Florencia. — Tranquilízate: no hay motivo para que te aflijas.

Miss Nipper se había sentado en el suelo, á los pies de Florencia. Lloraba y se reía al mismo tiempo, limpiándose las lágrimas con el pañuelo que tenía en una mano mientras que con la otra mano acariciaba á Diógenes empeñado en lamer la cara de la joven. Dijo que ya estaba tranquila, y en prueba de ello se echó á reír y á llorar más fuerte.

— No... no... no he visto en mi vida una criatura como ese Toots — dijo Susana. — No he visto nada igual en mi vida.

— Tan bueno — sugirió Florencia.

— Tan risible — dijo Susana. — ¡Figúrese usted! Todo el camino ha venido diciéndome una porción de cosas raras.

— ¿Qué cosas? — preguntó Florencia.

— Verá usted... El Pollo venía en el pescante y Toots y yo dentro del coche. Y no ha cesado de nom-

brar al teniente Wálter, al capitán Gills, á usted... y al silencio de la tumba!

— ¡El silencio de la tumba! — repitió Florencia.

— Eso dice. Que quiere descender á la tumba, en seguida, y que se hallará cómodamente en ella. ¡Ah! — Susana se echó á reír al decir esto — no haga usted caso. No hay cuidado de que se mate. Le gusta mucho ver que hay personas contentas en derredor suyo. No le tengo por un Salomón — añadió Susana con su volubilidad de costumbre — pero es la criatura menos egoísta del mundo.

Miss Nipper acompañó esta declaración enérgica con nuevas risas. Y por último advirtió á Florencia que Toots quería verla para darla cuenta del viaje.

Florencia contestó á Susana que se alegraría mucho de dar gracias á Toots por cuanto había hecho: que le rogara subiera á su cuarto. Así lo hizo la joven y un momento después entraba en el gabinetito de Florencia el joven Toots, muy desgredado y hablando aun con mayor dificultad que de costumbre.

— Miss Dombey — dijo Toots — permítame usted que tenga... que no tenga... no, no sé exactamente lo que iba á decir; pero no importa.

— Tantas veces tengo que darle gracias — dijo Florencia — que no hallo ya palabras para expresarle mi agradecimiento en esta circunstancia.

Diciendo esto tendió Florencia ambas manos á Toots, que las estrechó respetuosamente.

— Miss Dombey — dijo Toots conmovido — si la angelical condición de usted la permitiera maldecirme, y perdone usted la expresión, crea usted que me quedaría menos confuso de lo que lo estoy ante sus expresiones de amistad. El efecto que me producen es... es... en fin — dijo Toots bruscamente — esto

no es más que una digresión y no tiene importancia.

No había nada que replicar á esto y Florencia sólo pudo contestar dando de nuevo gracias.

— Quisiera aprovechar esta ocasión — dijo Toots á Florencia — para explicar á usted el motivo de la tardanza. Hubiera tenido mucho gusto en... en volver antes con Susana; pero, en primer término, no conocíamos el nombre del pariente á cuya casa había ido Susana, y en segundo lugar, ya no estaba en casa de este pariente. Crea usted que sólo por la sagacidad del Pollo hemos conseguido el resultado que nos proponíamos.

Florencia lo creyó sin dificultad.

— Pero — añadió — Toots — no es esta la cuestión. Lo que puedo asegurar á usted, miss Dombey, es que he tenido un verdadero consuelo y una verdadera satisfacción, con la compañía de Susana: no acierto á explicarme, pero este viaje ha tenido su propia recompensa. Tampoco es esta la cuestión. Ya he dicho que no soy lo que pudiera llamarse hombre listo: ya me doy cuenta de ello. Nadie conoce mejor que yo mi misma cabeza: no la hay más torpe — y perdone usted la expresión. Pero, á pesar de todo, ya me hecho bien cargo, miss Dombey, del estado de... de las cosas... con respecto al teniente Wálter. Sea cual fuere el modo que mis pensamientos me han puesto (no tiene importancia), debo decir que el teniente Wálter es merecedor, á mi juicio, de la dicha que le ha caído en... encima. Que la disfrute por mucho tiempo y que acierte á estimarla en tanto como la hubiera valorado otro individuo cuyo nombre no digo porque no tiene esa importancia. Tampoco es esta la cuestión. Miss Dombey, el capitán Gills es amigo mío. Yo creo que

el capitán Gills tendrá gusto en verme aquí de vez en cuando. También á mí me gustaría. Pero no se me puede olvidar aquello del square de Brighton: una fatalidad. De modo que si desagrada á usted mi presencia, no tiene más que indicármelo y lo comprenderé en seguida. No lo consideraré como falta de complacencia: al contrario, veré en ello una prueba de confianza.

— Señor Toots — repuso Florencia — usted es un buen amigo mío, un amigo de toda mi confianza: si se alejase ahora de esta casa me daría honda pena. Siempre, siempre tendré infinito gusto en verle.

— Miss Dombey — dijo Toots sacando el pañuelo del bolsillo — aseguro á usted que si se me escapa una lágrima es de alegría. Pero esto no tiene importancia. Muchas gracias. Y ahora, después de sus amables palabras, comprende usted, yo no tengo intención de seguir tan descuidado en el vestir y demás porte.

Florencia recibió esta manifestación con graciosa perplejidad.

— Quiero decir — añadió Toots — que consideraré de mi deber, en cuanto á mi clase y hasta que el silencio de la tumba me reclame, el presentarme lo mejor posible y el tener... el tener las botas bien lustrosas, si el tiempo lo permite. Es la última vez que hablo de mí, de asuntos privativos y personales míos. Muchas gracias. Si, en general, no soy tan reflexivo como mis amigos quisieran y como yo mismo desearía, no déjan de afectarme, de manera muy particular, las consideraciones y bondades. Palabra de honor. Y creo — añadió Toots en tono apasionado — que sería capaz de manifestar mis ideas, en este momento de una manera muy notable, si... si... si pudiera arrancar!

Pero como no podía arrancar, á los dos minutos se despidió apresuradamente Toots y bajó á la tienda en donde estaba el capitán.

— Capitán Gills — dijo Toots — lo que voy á decirle ahora se entiende reservado bajo el sello de la confidencia. Es la resulta de lo que miss Dombey y yo hemos hablado arriba.

— Arriba y abajo ¿ eh, muchacho? — murmuró el capitán.

— Eso es, capitán Gills — repuso Toots con fervoroso asentimiento, aunque no había comprendido ni una sílaba de aquella sutileza con que se expresaba el capitán. — Si no me engaño, pronto se casará miss Dombey con el teniente Wálter.

— Sí, sí, muchacho. Aquí somos todos compañeros de tripulación. Wálter y Delicias del corazón se unirán en estrecho lazo tan pronto como se corran las amonestaciones.

— ¡ Las amonestaciones! — repitió mister Toots.

— Sí, hombre, sí : en la iglesia, allá abajo — dijo el capitán señalando con su pulgar por encima del hombro.

— ¡ Ah! ya comprendo — repuso Toots.

— Y después — añadió el capitán en voz que él suponía baja y dando con el revés de la mano un golpe amable en el vientre de Toots — y después ¿qué tenemos? Pues que esta dulce criatura, tan delicada como un pajarillo, se va á embarcar con Wálter, rumbo á China!

— ¡ Señor! — exclamó Toots.

— Lo dicho — prosiguió el capitán — ¡ Bah! El barco en que se salvó Wálter iba á China. Y como Wálter se ha hecho querer á bordo, lo mismo que á tierra — es el muchacho más bueno é ingenioso

que moja el mar — habiéndose muerto en Cantón el sobrecargo, Wálter ascendió (entonces no era más que auxiliar) y fué nombrado sobrecargo. Y éste es el empleo que desempeña hoy en otro barco, muy á satisfacción de los armadores. De modo que ya lo está usted viendo — repitió reflexivamente el capitán — la dulce criatura va á cruzar los procelosos mares con rumbo á China.

Toots y el capitán suspiraron profundamente, al mismo tiempo.

— ¿ Y por qué no? — dijo el capitán — Ama. Es amada. Quien tenía obligación de quererla y de protegerla tratóla como si fuera un animal agreste. Cuando expulsada de su hogar vino aquí, cuando se cayó en este suelo, tenía el corazón destrozado. Yo lo sé : yo, Eduardo Cuttle, lo he visto. Ahora no tiene más que una sola confianza, una sola amistad, un solo amor, capaz de reparar el daño sufrido. Si yo no supiera esto, si no supiera yo que Wálter la ama y ella á Wálter, antes me cortaría los brazos y las piernas que dejarla partir. Pero yo sé todo eso ¿ verdad? Bueno : y entonces ¿qué? Nada. Que el Cielo les sea favorable y Dios les acompañe. Amén.

— Capitán Gills — dijo Toots, — permítame usted que le estreche las manos. Tiene usted una manera de decir las cosas, que me produce un agradable escalofrío en la espalda. Yo también digo, Amén. Ya sabe usted que yo he adorado á miss Dombey.

— ¡ Ea, valor! — dijo el capitán poniendo una mano en el hombro de Toots. — ¡ Firme, muchacho!

— Tal es mi intención, capitán Gills — repuso bravamente Toots. — Quiero tener la mayor firmeza posible. Cuando se abra el secreto de la tumba estará listo para el entierro, pero no antes. Sin embargo,

no tengo la seguridad de dominarme tanto como quisiera en las presentes circunstancias. Y por esto voy á pedir á usted, como especial favor, que diga al teniente Wálter lo siguiente :

— Lo siguiente — repitió el capitán Cuttle como un eco.

— Habiéndome manifestado miss Dombey con indecible benevolencia — continuó Toots — que mi presencia no le sería desagradable, y que usted y todas las demás personas de esta casa también serían tolerantes y condescendientes conmigo, que... que ciertamente — añadió Toots muy abatido — parece como si hubiera venido al mundo por equivocación... habiéndome concedido miss Dombey esta bondadosa licencia, yo quisiera efectivamente ir y venir algunos ratos, por la noche, mientras dura el tiempo en que podemos estar juntos. Pero necesito pedir esto : que si en algún momento determinado no pudiera sufrir la contemplación de la dicha del teniente Wálter, y, por consiguiente, me marchase, no lo tome usted á descortesía y lo atribuya únicamente á mi lucha interior con mi desventura. Esté usted persuadido de que no hay malquerencia alguna por mi parte ni para el teniente Wálter ni para con nadie; imagínese usted que he salido nada más que un instante para tomar el aire y ver qué hora es en la Bolsa. Capitán Gills, si acepta usted este convenio, y lo admite en nombre del teniente Wálter, me dará tantos ánimos, que no lo consideraría pagado con una considerable porción de mi fortuna.

— Joven — contestó el capitán, — no hay que hablar más de esto. Está dicho. Apenas ice usted una señal, Wálter y yo contestaremos.

— Capitán Gills — dijo Toots, — mucho me re-

animan sus palabras. Deseo conservar la buena opinión que tienen ustedes de mí. Yo... yo... pienso bien, palabra de honor, sólo que me expreso muy mal; es como si Burges y Compañía trataran de complacer á un parroquiano haciéndole unos pantalones magníficos y no acertaran á cortárselos á su gusto.

Con esta oportuna aclaración, de que pareció muy satisfecho, Toots se despidió del capitán sin más explicaciones.

Con tener á Delicias del corazón en su domicilio y á Susana para servirla, el capitán Cuttle era un hombre radiante de felicidad. Según iban pasando los días esta felicidad era más radiosa. Después de varias conferencias con Susana (porque el capitán la respetaba en alto grado á causa del valor de que ella había dado pruebas frente á Mac Stinger), propuso á Florencia despedir de su servicio á la hija de aquella mujer que tenía un puesto en el mercado de Leadehall sentada debajo de un paraguas azul. Alegó el capitán varias razones de prudencia, y añadió que, en lugar de la sirvienta en cuestión, podía tomarse otra que inspirase absoluta confianza. Susana haciéndose de nuevas, aunque todo lo tenían combinado ella y el capitán, propuso á su vez hablar con el ama mistress Richards, por si quería aceptar este servicio. Alegróse mucho Florencia de este arreglo. Y así, aquel mismo día fué Susana á casa de los Toodle, de donde regresó triunfalmente acompañada de la rubicunda Polly. El júbilo de ésta, al encontrarse con Florencia, fué casi tan grande como el experimentado por Susana.

Llevada á feliz término aquella táctica evolucionada con gran contentamiento del capitán, siempre,

puesto á regocijarse por lo que le agradaba, no tenía Florencia que hacer sino preparar á Susana para su próxima separación. Tarea muy difícil era ésta, dada la terquedad de Susana, pues se había empeñado en entender que nunca más se separaría de su señorita.

— En cuanto al salario — dijo Susana hablando con Florencia, — queda entendido que nunca me hablará usted de ello, pues tengo ahorros; y aunque no los tuviera y se llevara la trampa á la Caja de Ahorros y á todos los Bancos reunidos, no consentiría yo hablar de dinero en estas circunstancias. Desde que su pobre madre falleció no me he separado nunca de usted, querida miss Floy; poco valgo, pero usted se ha acostumbrado á mí; no se puede usted marchar sin llevarme consigo; de ningún modo hay que pensarlo.

— Es que me marchó para un viaje muy largo, muy largo, querida Susana.

— Está bien; cuanto más largo sea, más me necesitará usted. Poco se me da á mí de que los viajes sean largos, ¡gracias á Dios! — repuso la impetuosa Susana.

— Pero, Susana, es que me voy con Wálter, y con él puedo ir donde quiera, á todas partes. Wálter es pobre, yo también, y ahora tengo que aprender á servirme á mí misma, á servirle á él.

— Querida miss Floy — exclamó Susana estallando de nuevo y agitando vivamente la cabeza, — no es una cosa nueva para usted el servirse y el servir á los demás con la paciencia y la sinceridad propias de su corazón noble. Pero déjeme usted hablar con mister Wálter Gay y arreglar este asunto, porque yo no puedo ni debo permitir que se vaya usted á cruzar el mundo sola.

— ¡Sola, Susana! — repuso Florencia. — ¡Sola, cuando voy acompañada de Wálter! — ¡Ah! ¡Con qué alegría, con qué júbilo y arrebatadora sonrisa dijo esto Florencia! — No le digas ni una palabra á Wálter. No le dirás nada, ¿verdad? — añadió tiernamente Florencia.

— ¿Y por qué no? — repuso miss Nipper sollozando.

— Porque voy á ser su mujer — dijo Florencia; — porque voy á darle mi corazón por entero, y porque voy á vivir y morir con él. Y si le dices lo que me acabas de decir á mí, puede creer que tengo miedo al porvenir ó que tú tienes alguna razón para temer por mí. ¡Oh, cuánto le amo, Susana!

Gran sensación produjeron en Susana estas fervorosas palabras, y la sencillez y ternura con que Florencia se expresaba. Así volvió á estrechar entre sus brazos á su querida señorita; y acariciándola, como si quisiera protegerla, nuevamente la preguntó si en verdad, si positivamente iba á casarse.

Aunque Susana era, sin duda, susceptible de experimentar ternuras propias de su condición femenina, también era capaz de contenerlas, lo mismo que había sido capaz de atacar á la temible Mac Stinger. A partir de este diálogo con Florencia, no volvió más al tema, mostrándose cariñosa, activa, afanosa y esperanzada. Dijo confidencialmente á mister Toots que por el momento dominaba la situación, pero que luego sería ella: luego, cuando se marchara miss Dombey, vería el espectáculo de sus desdichas. A lo que su interlocutor contestó que él estaba en el mismo caso y que mezclarían ambos sus lágrimas. Pero nunca dejó entrever sus pensamientos ni ante Florencia ni en la jurisdicción del guardia marina.

Sencillo y limitado era el ajuar que se preparaba Florencia — ¡qué contraste con el del matrimonio á cuya celebración había asistido! — Pero, á pesar de esto, había que hacer mucho para que todo estuviera listo á tiempo. Susana trabajaba sin interrupción, todo el día, con celo de cincuenta costureras reunidas. Largo espacio ocuparía la lista de las cosas sorprendentes y extrañas que el capitán habría incorporado al ajuar si se le hubieran permitido; por ejemplo, unas sombrillas de color de rosa, medias de seda tornasoladas, zapatos azules y otros artículos no menos necesarios á bordo. Sin embargo, indujéronle por varios habilidosos medios á que limitase sus dádivas, reduciéndolas á una caja con útiles de costura y otra con objetos de tocador; verdad es que se desquitó el capitán comprando las cajas del modelo más grande que pudo hallar en venta. Luego se pasó quince días, casi siempre sentado, mirando á las dos cajas, perplejo entre la admiración que le producian y el temor de que no estuvieran suficientemente completas. En la duda se marchaba con precipitación á la calle y volvía con algún artículo extravagante á su parecer indispensable para complemento de las cajas. Pero su golpe maestro fué coger súbitamente ambas cajas una mañana y hacer que en la tapa de cada una de ellas incrustaran un corazón de cobre y en el corazón estas dos palabras: FLORENCIA GAY. Después se recogió en el comedor, se fumó sin interrupción cuatro pipas, y, durante unas cuantas horas, se le oyó reír de vez en cuando á carcajadas.

Wálter estaba ocupado fuera todo el día; pero veía todas las mañanas á Florencia, y pasaba las veladas con ella. Florencia no bajaba nunca de su alto gabinete hasta la hora á que solía llegar Wálter. ¡Qué

felices instantes! ¡Qué profundo inagotable manantial de amor en quien tanto había padecido!

Aún no había desaparecido de su pecho la cruel marca; aquella acusadora señal contra su padre todavía se alzaba, interponiéndose entre los dos enamorados, sólo que la ternura de Florencia era bastante grande para crear un mundo en donde refugiarse, donde ponerse á salvo de aquella imagen dolorosa.

¡Cuántas veces vió en su imaginación la casa grande como en los días ya pasados! Entonces, cogida al brazo de su prometido, parecía buscar auxilio contra el triste recuerdo. ¡Cuántas veces también volvía á su memoria aquella noche en que bajó al cuarto de su padre, en que éste la miró de una manera tan terrible! Entonces volvía la mirada hacia los otros ojos que la miraban con amor. Cuanto más cariño sentía hacia Wálter, más se acordaba del fallecido niño; su padre se le representaba únicamente como le había visto al besarle cuando estaba dormido y nunca como lo vió la última noche, la noche de su fatal encuentro.

— Querido Wálter — dijo un anochecer Florencia, — ¿sabes en qué he pensado hoy? (1).

— Has pensado que el tiempo corre muy de prisa y que pronto nos encontraremos á bordo. ¿No es eso?

— Algo hay de eso; pero me refiero á otra cosa, Wálter; he pensado en que soy una carga pesada para ti.

(1) A riesgo de parecer impertinente, recuerda el traductor que los personajes siguen, en el original inglés, tratándose de *you*. Pero, en vísperas de casamiento, el *usted* no parece indicado en castellano. — (N. DEL T.)

— Una carga sagrada y preciadisima, querida mia. También suelo pensar en esto.

— No te rias, Wálter. No comprendes mi idea. Quiero decir que te estoy saliendo muy cara.

— ¿Muy cara, á mi?

— Sí, hombre, sí; de dinero. Todos los gastos que Susana y yo estamos haciendo... Poca cosa he comprado yo con mi dinero. No eras rico, pero de esta hecha vas á quedarte pobre.

— Al contrario, Florencia; riquísimo es lo que voy á ser contigo.

Florencia se rió, pero movió la cabeza diciendo que no; no, de ninguna manera.

— Además — dijo Wálter, — hace mucho tiempo, allá, cuando me iba á embarcar, me regalaron cierto bolsillito con dinero dentro.

— ¡Ya, ya! — contestó riéndose Florencia. — Un bolsillito chiquitín. Lo que había en él y nada todo es uno. Pero no te vayas á figurar (diciendo esto Florencia se apoyó en el brazo de su novio y le miró á la cara), no te vayas á figurar que siento el ser una carga, aunque resulte muy pesada, para ti. Al contrario, me alegro, y no quisiera, por nada del mundo, que fuera de otro modo.

— Ni yo tampoco, vida mia.

— ¡Ah, Wálter! ¡Si supieras qué orgullosa estoy de ti! Mi corazón se llena de júbilo al oír lo que de ti dicen todos, que te vas á casar con una pobre, con una muchachita sin hogar, que ha venido á pedir auxilio á esta casa, que no tiene ni amigos. ¡Ah, Wálter! Si hubiera dispuesto de millones, no habría estado tan contenta.

— Pero, ¿y tú misma, Florencia? ¿Y lo que tú vales?

— No, Wálter, yo no valgo nada — dijo Florencia echando un brazo al cuello de su novio. — Yo no valgo nada sin ti, ni tengo esperanza alguna en la tierra fuera de ti, ni quiero á nadie en el mundo más que á ti.

¡Oh! ¡Qué razón tuvo Toots aquella tarde para desertar de la reunión, en dos ó tres momentos, saliendo á poner el reloj en hora con la Bolsa, corriendo á una cita que se le había olvidado y le tenía dada un banquero y yéndose después á dar un paseito hasta Aldgate-Pump!

Pero antes de estas expediciones, antes de que viese Toots y de que trajeran las luces, dijo Wálter:

— Florencia, está casi concluido el cargamento de nuestro barco, probablemente estará listo el mismo día de nuestro casamiento. En este caso, nos marcharemos ese día, por la mañana. Únicamente nos detendremos una semana en Kent, y nos embarcaremos luego definitivamente en Gravesend.

— Como quieras, Wálter. Seré feliz de todos modos, pero...

— ¿Qué, vida mia?

— Ya sabes — contestó Florencia — que no tenemos convidados, que no celebramos fiesta alguna y no hemos de llamar la atención por el traje. Puesto que nos marcharemos el mismo día ¿te parece bien, quieres llevarme esa mañana á alguna parte, antes de ir á la iglesia?

Wálter la comprendió sin duda, como era natural en un amante fiel, y confirmó su rápida promesa con un beso — tal vez fueron dos besos, ó tres ó cinco ó seis. — En aquella serena y apacible tarde fué Florencia verdaderamente feliz.

Susana Nipper entró en la habitación trayendo las

luces. Poco después llegaron el te y el capitán y el excursionista mister Toots, quien como ya hemos dicho, tanto ejercicio había hecho aquella tarde. Y no era esta su costumbre, pues por regla general se pasaba las horas muertas jugando á las cartas con el capitán y ayudado para ello con los consejos de Susana : los cálculos del juego le distraían de sus pensamientos.

En estas ocasiones era de ver la cara del capitán Cuttle, su expresión y las combinaciones de ingenio que aquellos gestos revelaban. Su delicadeza instintiva y su caballescra intuición en lo concerniente á Florencia, le hacían comprender que no era aquel un momento oportuno para ninguna tumultuosa alegría ni para violentas demostraciones de satisfacción. Ciertas flotantes reminiscencias de *Adorable Margarita*, en otros momentos pugnaban por salir de los labios del capitán y por último le comprometían en alguna demostración irreparable. Luego su admiración por Florencia y por Wálter — linda pareja, interesantísima en aquella su juventud — se apoderaba de él obligándole á dejar las cartas, á sacar su pañuelo del bolsillo y á limpiarse el sudor hasta que la rápida escapada de Toots le hacía comprender y lamentar interiormente que había sido causa de pena para aquel pobre caballero. Con esta reflexión se afligía y se quedaba melancólico hasta que regresaba el joven Toots : entonces tomaba nuevamente los naipes y entre guiños y cabeceos hacía señas á Susana queriendo darla á comprender que él no volvería á las andadas. Pero el resultado era muy otro : hacía esfuerzos por variar la expresión de su rostro, miraba en torno y su mirada repetía todo cuanto su disimulo á su parecer ocultaba. Su admiración por

Wálter y Florencia surgía victoriosa y tenaz hasta que Toots volvía á marcharse sumiendo nuevamente al capitán en aflicción y remordimientos. Algunas veces el capitán con vivo acento de reproche y á media voz se decía á sí mismo « ¡ firme, muchacho! » ó con acento regañón : « Vamos á ver, Edward Cuttle ¿ qué hacer? »

Sin embargo, una de las más duras pruebas porque podía pasar el resignado Toots se la impuso, voluntariamente él mismo. Ya próximo el domingo en que debía leerse la última amonestación, según había dicho el capitán, Toots habló á Susana en estos términos :

— Susana, me atrae irresistiblemente esa iglesia. Las palabras que me han de separar para siempre de miss Dombey han de herir mis oídos como el toque de campanas á muerto ; pero, palabra de honor, creo que necesito oirlas. ¿ Querria usted acompañarme al sagrado edificio? »

Susana contestó que lo haría si era cosa que podía satisfacerle ; pero trató de disuadirle de esta idea.

— Susana — repuso con gran solémnidad mister Toots — antes de que se percibiera mi barba por otro que no fuera yo mismo, ya estaba yo enamorado de miss Dombey. Aun era yo victima, como esclavo, de Blimber y ya estaba yo enamorado de miss Dombey. Cuando entré en posesión de mis bienes, porque legalmente no podían privarme de ellos, ya estaba yo enamorado de miss Dombey. Las amonestaciones que la entregan al teniente Wálter y que á mi me... me entristecen — dijo Toots después de buscar una palabra enérgica — las amonestaciones me producirán un efecto horrible, muy horrible. Pero me parece que tengo necesidad de oirlas. Me parece que